



**NARRATIVA
ESCOLOGIDA**

DESPUÉS DE LA DISCO RAVE

Por
PAOLO DE LIMA

Son como las tres de la mañana y Doro, Sebastián y yo ya estamos en bajada, extenuados de tanto bailar y de las tachas. En esta discoteca solamente venden agua, nadie consume alcohol ni nada. Se ve al toque que todos andan en la nota. Así es siempre en las discotecas raves. Las tipas que llegan exhiben sus cuerpos con impudicia, bailan como perras en celo y algunas se dejan manosear por varios tipos a la vez. Varios muchachos andan con el torso desnudo, sudorosos y toda la vaina. Al tiro se ve que le dan duro al gimnasio. En cambio nosotros tres andamos súper flacos. Somos los más chiquillos de la discoteca, el hermano de Doro es amigo del dueño y trabaja en la puerta. Él nos dejó entrar. Los tres estamos en jeans, con las cadenas sujetando nuestras billeteras. Yo tengo unas zapatillas *All Star*, Doro unas *Nike* y Sebastián anda con sus *Caterpillar*. Mi polo es Celio; el de Doro Tommy y el de Sebastián también. Sebastián fue el que consiguió las 'tachas'. Él siempre las consigue. Nosotros le damos el dinero y ya.

Antes de venir a la discoteca fuimos al pub de César. No tomamos cerveza, solo agua helada. César se dio cuenta y nos dijo calmados, muchachos. Pero también dijo juéguese una. A veces le damos y a veces no. César es buena gente. Varias veces nos ha perdonado las broncas que ocasionamos en su local. Una vez le sacamos la mierda a un tipito solo porque se puso saltón porque su hembra y Doro se estaban cruzando varias miraditas. Se acercó a nosotros y nos dijo que qué chucha pasaba. Yo no tengo la culpa de que tu enamorada sea una perra, pues huevón, le dijo Doro mientras le reventaba una botella de cerveza en la cabeza. Le comenzó a salir sangre al tipo y el tarado se puso a llorar. Fuera huevón, agarré una silla y la aventé contra la mesa donde estaban su enamorada y sus otros amigos. Al final se armó toda una huevada, pero César fue fiel a nuestra amistad y terminó botándolos a ellos. Ya después nos gramputió.

Ahora estoy saliendo del baño y se me acaba de acercar una chibola, flaquita pero bonita de cara. Hola, me dice. Tú eres Camilo, ¿no? ¿Cómo sabes? Soy amiga de tu hermana, la otra vez estuve en su fiesta, ¿no te acuerdas? Si yo no estuve. Ven, hay que sentarnos en la barra, la invito. Sí estuviste, cuando se sienta veo que tiene buenas piernas. Qué rica, me digo, bonita cara y buenas piernas. Panchito se comienza a despertar. Sí estuviste, vuelve a decir, creo que se ha dado cuenta de la hinchazón entre mis piernas. Se ríe y se le forman unos hoyitos coquetísimos en las mejillas. Estabas con tus amigos, entraron tardísimo y se fueron rápido; pero te vi. ¿Y por qué no me llamaste? ¿Y para qué te iba a llamar? ¿Tienes enamorado?, le digo lanzándome con todo. ¿Qué?, se vuelve a reír. ¿Tú eres medio loco, no? Con mamitas como tú mi cabeza siempre se loquea, mi amor. Tu cabeza se pone loca por esas tonteras que tomas, no creas que no me doy cuenta. Pucha, la tipa es sapa, se da cuenta de las vainas. ¿Qué tonteras? No te hagas. No me hago, linda, amorcito rico. Oye, compórtate o me voy. No; no; no; discúlpame, es que tu carita, tu voz, tu risa, todo lo tuyo me emociona. Ay sí, si ni tenemos quince minutos de conocernos. Yo ya siento que te amo. Seguro eso le dices a todas las chicas. Te juro que es la verdad. Ya no molestes. Pídeme algo y te lo cumplo. Ok, pero no te voy a besar ni nada, solamente quiero saber si no eres mentiroso. Ok. Bueno, primero pregúntame cómo me llamo. Jajaja, nos comenzamos a cagar de la risa. Disculpa mi vida, ¿cómo te llamas? Claudia. Y tengo diecisiete años cumplidos. Tú tienes diecisiete también. ¿Cómo sabes? Le pregunté a Micaela. Ah, sabes muchas cosas de mí, ¿no? Ya; me dijiste que me ibas a cumplir un deseo. Sí, mi amor, todos los que quieras. Bueno, pues, ahí te va: quiero que...



En eso llegan Doro y Sebastián.

Ahí está Camilo, vamos a joderlo un rato. ¿Y? ¿Qué haces? Uy, qué linda tu amiguita. ¿No la presentas? ¿Claudia? Yo te conozco de algún lado, ¿no? ¿Y por qué no la puedo conocer? Pucha, cuñao, te pones saltón por las huevas. Ya, compadre, me quito pero primero devuélveme la nota que te presté enantes. No te hagas el huevón, necesito pues cuñao, qué ladilla te pones. Ven un ratito, al toque nomás. Ya, ahora sí pásamela, tu amiguita no nos está viendo. Ok, ya está, ahora sí te dejo en paz. Ta rica la chiquilla, ¿ah? A ver si ahora sí la coronas, jugador; la otra vez te quedaste con la chibola culoncita. Bien, así me gusta escuchar hablar a los varones, carajo. Mañana nos hablamos por fono, pero tarde porque no me pienso levantar antes de la una. Chau, cuñao, suerte.

—¿Viste a esa flaquita? ¿Cómo la habrá computado este pajero? Caminaban por una calle paralela a la avenida. Hacía diez minutos que habían salido de la discoteca, ya eran como las cuatro de la mañana pero los jóvenes no dejaban de acudir al lugar. Doblaron por esa callejuela oscura y solitaria, solo cada cierto tiempo un auto rompía el silencio de la madrugada.

—A esa huevona yo la conozco respondió Doro después de un rato. Se habían parado a orinar junto a una casona semiderruida, él había acabado antes que Sebastián. Expulsaban

los litros de agua que acompañaban en sus noches raves. ¿No te acuerdas de la amiguita de Micaela, el día de su cumpleaños?

—Ah, sí, ya me acordé. Con razón se me hacía conocida. Esa es la flaquita que salió a acompañar a Micaela cuando nos las pescamos después de su tono, ¿no? Puta que estaba recontra borracho, esa vez no atinaba a nada. Si ni se me paraba la pinga de tanta huevada que me metí, jajaja.

—Sí, ella es. Esa chibola es medio rayada. Su viejo es militar y no sé qué vaina. Después me enteré por una amiga que a su mamá se la levanta el chofer de la casa: un negro.

—Putá huevón, tú sí que eres chismoso, ¿ah? ¿Y cómo sabes toda esa huevada?

—Porque sé, pues, cuñao. Oye, y la Micaela se está portando bien, ¿ah? No le ha dicho nada al Camilo.

—Claro pues cuñao, qué le va a decir, si le gusta el castigo. A una hembra te la aprietas bien y te hace todos los favores que quieras. Además ya sabes que el Camilo es un celoso de mierda. Dice que su hermana todavía está chibola y que no quiere que pare con malogrados, jajaja. Qué tal raza, todos los fines de semana se pone como loco para comprar las ‘tachas’, se hace el santito y es tremendo pendejazo.

—Esa Claudia no me da buena vibra. No te conté que después de esa vez nos volvimos a ver, ¿no? Se detuvieron a seguir conversando en una esquina. Cerca de ahí quedaban sus casas, a media cuadra una de la otra. Se sentaron a descansar en un murito de cemento. Siempre hacían un poco de tiempo antes de irse definitivamente a dormir. Agotaban detalles de su noche de juerga, y luego la continuaban tardísimo al siguiente día, entre un ceviche y cervezas.

—No, no me contaste. Puta que eres malo, huevón. Con secretitos con tu pata.

—No, nada de eso, cómo crees. Lo que pasa es que me dio roche contar, luego de lo que le hice me sentí como una mierda. Es que ese día todavía andaba con la nota en la cabeza hizo una pausa para escupir y siguió diciendo con un tono de preocupación: No me preguntes qué, pero ahora sentí que me miró de una manera extraña, como con odio o algo así.

—Ahora resulta que eres medio adivino. Ya, ya, cuenta, cuenta.

—No jodas. No sé, la otra vez me llamó. No sé por qué le di mi teléfono. Le pedí el suyo, como siempre, pero me dijo que mejor le diera el mío porque su papá era bien celoso. Ahí fue cuando me soltó todo el rollo ese de que su papá era milico. No me vaciló mucho cómo chapaba, era medio cojuda para agarrar más bien, como que le faltaba.

—Si eso es lo más rico, pues compadre. No hay nada mejor que enseñarle a una ninfulita los caminos del placer, jajaja.

—Me llamó y me dijo para vernos. No estaba haciendo nada en mi casa, así que le dije que ya. Un cague de risa, nos citamos en el parque. Al toque me di cuenta que estaba con ganas. Ahí mismo chapamos y se dejó meter mano y todo. Seguía chapando hasta el cien, medio que le enseñé pero seguía baboseándome todo. Bueno, eso no importa mucho ahorita. La cosa es que como se me había regalado le dije para irnos a un hotel. Al principio no quería atracar, pero después aceptó. Pero solo para besarnos, me dijo.

—Jajaja, qué pendeja.

—¿Pendeja? Pendejaza. Cuando estuvimos dentro del telo no quería hacer ni mierda. Ya pues, no jodas, le dije. Al final me molesté y la dejé ahí.

—No estoy para aguantar huevadas a calientahuevos como tú. Me has hecho gastar mi plata por las puras. ¿Tú crees que yo cago oro?

—Yo te dije que no quería hacer nada malo.

—Nada malo. Si te estoy diciendo que todo va a ser bueno.

—No quiero.

—Anda vete a la concha tu madre, calentadora de mierda.

—Eres un imbécil, vas a ver, me voy a vengar, estúpido. En mala hora te llamé, idiota. Pensé que eras diferente.

—¿Solamente porque te escuché ese rollo cojudo de tu papá militar?, jajaja. Ese día estaba cansadazo. Además estaba esperando que Micaela y Sebastián terminaran de chapar, así que estaba haciendo tiempo contigo.

—Vas a ver, imbécil; vas a ver, maldito, maricón.

—Chau, calientahuevos.

—A ustedes dos los quería ver, traidores de mierda. Doro y Sebastián se sobresaltaron. Camilo estaba a unos metros de ellos, con actitud desafiante. Claudia iba a su lado.

—Qué tienes, huevón -le impreco Doro.

—Tú cállate, bien que lo estabas apañando a este huevón.

—¿De qué carajo hablas?, ¿qué chucha te pasa, Camilo? —dijo Sebastián.

—Te dije bien claro que con mi hermana no te metieras, hijo de puta. Ya Claudia me contó todo.

En ese momento los dos amigos recién cayeron en la cuenta. Habían conversado de todo, pero no se percataron de que Claudia los podía delatar.

—Camilo, nosotros somos tus patas; qué pasa compadre, ¿te vas a dejar convencer por esta huevona? —respondió Sebastián.

—Oye, a mí no me insultes, idiota; ¿acaso Micaela y tú no están juntos? Di, pues, di. A ver si eres tan amigo de Camilo como dices.

—Cuñado, no seas huevón, esta cojuda te está manipulando —le dijo Sebastián a Camilo. Este le dio por toda respuesta una patada en los huevos. Sebastián cayó inmediatamente al suelo, chillando de dolor. Camilo aprovechó para sentarse encima de él y llenarle la cara de puñetes.

—Déjalo, carajo, déjalo huevón, estás loco.

—No te metas, mierda, porque si no a ti también te cae.

—Suéltalo, carajo. Doro logró que Camilo dejara de pegar a Sebastián.

—Concha tu madre, vas a ver —se paró Sebastián. Tenía el labio partido.

—Ven pues, huevón —se fue para la pista Camilo. Llamaba a Sebastián con las manos y lo miraba con sorna y cólera a la vez.

—Eres una cojuda, mira lo que estás ocasionando —le dijo Doro a Claudia.

—No te hagas, tú eres igualito que tu amigo.

—Micaela ya no te va a querer ver ni en pintura cuando se entere lo que estás haciendo.

—Y a mí qué. No es tan amiga mía tampoco.

Mientras tanto Sebastián y Camilo seguían agarrándose a golpes.

—¿No decías que eras mi pata, concha tu madre?, ¿no decías que eras como mi hermano?

—Yo la quiero a Micaela, huevón, no me dejaste otra, tú tienes la culpa.

—La quieres... zafa huevón. Tú no quieres ni a tu madre.

Estaban completamente trenzados, ninguno de los dos dejaba al otro zafarse las manos. Trataban de defenderse con las piernas, pero tampoco podían.

—Camilo, basta cuñado, las tachas siempre te ponen hasta el cien, carajo. ¿Por qué mierda te dejas llevar por esta tarada? —dijo Doro.

—Con ella no te metas, carajo; ella viene conmigo, así que la respetas.

—Bien hecho, maricón. Qué bien que te pongan en tu sitio —se burló Claudia de Doro.

—Si tú eras mi pata, como decías —continuó Camilo—, debiste decirme que este concha su madre se estaba metiendo con mi hermana.

Camilo y Sebastián seguían trenzados, la situación era incluso un poco cómica. Camilo hablaba con los dos a la vez y al mismo tiempo se las ingeniaba para meter golpe y para cuidarse de recibir los de su contrincante.

—Lo que pasa es que esta chibola te ha calentado la cabeza y seguro que algo más también. No se te va a regalar, no seas ingenuo; a mí una vez me la quiso hacer pero la mandé bien lejos. Me odia, por eso está ocasionando todo esto; no sabe cómo vengarse y te está utilizando.

—Tus sermones me llegan al pincho, traidor de mierda. Ahorita te voy a agarrar a ti también.

La cosa era un alboroto total, pero extrañamente ningún vecino salía ni siquiera a ver lo que pasaba.

—Qué chucha pasa, carajo —el hermano de Doro apareció en ese preciso instante. Suéltense, carajo. Suéltense les estoy diciendo. Finalmente los logró separar. Camilo y Sebastián estaban con la cara enrojecida por la agitación y los golpes, tenían los polos hechos trizas. El labio de Sebastián continuaba sangrando.

—¿Qué pasa?, ¿ustedes no son patas acaso?

—Este huevón es un traidor. Quedamos en que nadie se iba a meter con mi hermana, y es el primero que se aprovecha.

—Eso es mentira, a Micaela yo la quiero.

—Oigan, huevones, ustedes andan en 'tachas', ¿no? Para eso se drogan, carajo. Y tú, Camilo, déjate de huevadas. ¿Qué tienes compadre? Si tu hermana y tu pata se quieren, tú tienes que dejarlos pues.

—Cómo voy a dejar a mi hermana estar con este vago y malogrado.

—Quién habla de malogrado. Mírate cómo estás.
—Yo las uso de vez en cuando, en cambio tú hasta vendes esa nota.
—Ustedes no parecen patas, carajo. Váyanse a dormir y mañana conversan.
—Yo no tengo nada que conversar con este huevón.
—Váyanse a dormir, nomás. Ahorita los vecinos van a llamar a la policía y ahí sí los quiero ver. Ya, carajo, váyanse ustedes por allá. Yo acompaño a Camilo a su casa.
—Yo no me voy a mi casa. Yo me voy con Claudia.
—Por eso era la huevada -dijo Sebastián. Seguro que ella pidió que nos hicieras la cagada a cambio de irse juntitos al hotel. Eres un reverendo cojudo.
—Ya cállate, mierda -dijo el hermano de Doro. Váyanse ya. Acompáñalo hasta su casa -le ordenó a su hermano menor.

—Qué raro, Y todavía ustedes tres que son uña y carne -dijo César.
Estaban sentados en una de las mesitas del local. De día funcionaba como restaurant, de noche se convertía en un pub. Quedaba a pocas cuadras del barrio, y todos los vecinos de la zona siempre se dejaban ver por ahí. César, un joven de unos treinta años al que solo le gustaba leer los periódicos deportivos, se hacía querer por todo el mundo, y muchos lo consideraban como un amigo especial. Para todos estaba claro que en eso residía el éxito del negocio.

—No es raro, lo que pasa es que el huevas está recontra aguantado. La hembra se le regaló y el imbécil cayó al toque -dijo Sebastián, llevaba una pequeña herida en el labio.

—¿Dos más? -César era amigo de todos, pero el negocio era el negocio. Los chiquillos acababan de comerse el ceviche, pero como el chisme estaba interesante los animó a quedarse. Ellos pagaban su cuenta, por supuesto.

Sebastián y Doro asintieron.

—Rolando, dos heladitas más para los muchachos -ordenó César. Un niño de unos doce años, de rasgos 'aindiados', apareció al instante con las cervezas. Aquí están -musitó mientras destapaba las botellas, y de inmediato regresó hacia el mostrador.

—¿Y ahora qué va a pasar? -volvió a inquirir César.

—No sé, estoy llamando a Micaela pero el teléfono de su casa suena ocupado.

—Llámalas más tarde entonces -se escuchó desde la entrada del local. Era Camilo.

—No vengas a hacer pleitos a esta hora -se paró a advertirle César.

—No te preocupes, no vengo a pelear.

Sebastián lo miraba con recelo; Doro también, aunque un poco menos. En todo caso a él no lo habían agarrado a golpes.

—Ahora qué cosa quieres, huevón -le increpó Sebastián, sentado.

—Cuñado ayer la cagué, disculpa.

César lo había hecho sentar a la mesa, pero alejado de Doro y Sebastián. De esa forma los controlaba y evitaba cualquier roce.

—Disculpa... tú crees que soy hermana de la caridad o qué mierda -respondió Sebastián.

—Es que...

—Es que qué, habla pues.

—Ya, déjalo hablar -dijo César.

—Putas, cuñado, tú sabes que a mí no me gusta que se metan con mi hermana. Y esta pendeja de Claudia me la hizo bien; me metió el diablo en la cabeza. Disculpa, pues.

—Bueno, cuenta, qué pasó -se interesó Doro.

—Nada, esa Claudia es una hija de puta. Con su carita de mosquita muerta es tremenda jugadorzaza.

—¿Qué pasó? -preguntó César. El niño del local, que sabía hacer perfectamente su trabajo, se acercó con un vaso de cerveza para Camilo. El dueño se lo sirvió.

—Parece que ya tenía todo planeado, respondió Camilo. Ella fue la que me hizo el habla en la discoteca. Y después, cuando ustedes se fueron, me contó lo que pasó la otra noche en la fiesta de mi hermana. Qué querían que haga. Ustedes también se pasan pal Cusco pues carajo. ¿No que ya se iban a dormir esa vez? Si hasta se despidieron de mí y todo. Me llegó al pincho pues.

—Nosotros no te engañamos, lo que pasa es que si te contábamos no nos ibas a dejar a Micaela y a mí que nos viéramos.

—Está bien, cuñao, eso ya fue. Hoy hablé con mi hermana, le he dado permiso para que esté contigo. Pero le he advertido que si le haces una; escúchame bien, una nomás, ella me lo va a contar. Así que ya sabes.

—'Le he dado permiso', puta hablas como si fueras no sé qué, huevón.

—Yo hablo así porque es mi hermana. Aceptas o no aceptas.

—Puta, que te pones pesado; está bien 'Mister Celoso', acepto tus 'condiciones'.

—Ok, salud entonces.

—Chibolos cojudos, se pelean por las huevas carajo —dijo César riéndose. Tanta huevada por las puras. Aunque sea se hubieran metido un par de navajazos para hacer la cosa más bacán, pues, jajaja.

—¿Y de Claudia qué? —preguntó Doro—, cuenta pues.

—Me dijo que también te pegara a ti. Y lo iba a hacer, pero justo llegó tu hermano, lechero de mierda, jajaja

—Pero qué te iba a dar a cambio, cuenta pues —siguió preguntando Doro sin hacer caso a la burla de Camilo.

—Al principio nada, pero después le dije que si quería que la defendiera tenía que portarse bien conmigo.

—Ok, pero depende de cómo hagas las cosas. Si no les pegas bien no —responde Claudia.

—¿Y qué hicieron después de la bronca? —preguntó Doro, el más ingenuo de los tres. Sebastián seguía un poco molesto, sobre todo por el labio partido.

—¿Viste qué rico le pegué a ese huevón? Y el Doro se salvó porque justo llegó su hermanito. Si no también le caía su golpe —le dice Camilo a Claudia. Esta no responde nada, está pensando en cómo salirse de esta situación. Aquí a la vuelta hay un hotel que no está tan mal, ven, vamos —continúa hablándole Camilo mientras la agarra de la mano.

—No, mejor llévame a mi casa.

—¿Cómo que a tu casa? ¿No estamos quedando en una cosa? —la suelta de la mano, la mira medio molesto Camilo.

—Si les pegabas bien, te dije bien claro. Y a Doro ni le agarraste un pelo.

—Pendeja de mierda, a mí no me vas a venir con huevadas. Vienes conmigo al hotel o te la meto aquí mismo, carajo.

—Socorro, ayúdeme, señor ayúdeme por favor —le grita Claudia a un panadero que pasa por la calle. Ya está a punto de amanecer. Ayúdeme, señor, por favor —le continúa gritando Claudia. Camilo solamente la había amenazado, por cólera, y no le estaba haciendo absolutamente nada. La chica era toda una teatrera. El vendedor por supuesto que no hace nada, y sigue de frente su camino. Iba empujando su carretilla.

—Cállate, carajo, pareces loca, no grites.

—Déjame entonces, lárgate.

—Pero tú y yo quedamos en una cosa. Así no vale pues.

—Tú no cumpliste, así que no hay trato.

—Calentadora de mierda, si fueras hombre te saco la puta madre.

—Jajaja, te pasó lo mismo que a mí —dijo Doro.

—Sí, pero al menos yo no pagué el hotel —devolvió la burla Camilo.

Todos rieron juntos. Pidieron dos cervezas más para brindar por la amistad repuesta. Estaba a punto de terminar un fin de semana más, y entre ellos todo seguía siendo tranquilo, alegre y ligero.

(El Paso, Texas, octubre 2000)